

## CAPÍTULO XXV.

Los moros que habian abandonado Tetuan regresan á sus hogares.—Importancia de la toma de esta plaza.—La civilizacion y la barbarie.—Resultados beneficiosos de esta guerra.—Ayuntamiento de Tetuan.—Diálogo entre el alcalde y el general Rios.—Puertas de la ciudad.—Manuscrito hallado en la casa de un comerciante.—El gran sabio de los hebreos.—Ceremonias judaicas.—Su espulsion en tiempo de Carlos II, el Hechizado.—Acertadas providencias dictadas en Tetuan.—La mujer de Muley Abbas.—Fuerzas españolas en Africa.

La entrada de las tropas españolas en Tetuan, que al principio consternó á los habitantes, imbuidos sin duda en ideas erróneas acerca del soldado español y de los cristianos en general, ha sido mirada despues con satisfaccion por algunas tribus, que han llegado á pedir al general O Donnell proteccion contra las depredaciones de los beduidos, y va mirándose sin recelo por la poblacion misma. Muchos de los moros establecidos en la ciudad, que la habian abandonado al saber la derrota de sus defensores, van volviendo pacífica y espontáneamente á sus hogares, al saber por los que quedaron dentro que el ejército español, generoso siempre con el vencido, no solo no comete acto ninguno de violencia con los habitantes pacíficos, sino que aun les socorre en sus necesidades y defiende sus personas y bienes contra las agresiones de sus mismos agrestes compatriotas.

Bajo muchos conceptos es importantísima la ocupacion de Tetuan por nuestro ejército.

Nuestra bandera victoriosa, tremolando en sus almenas, es una señal elocuente de nuestro poderío, que ha de ejercer necesariamente en el pais una influencia moral inmensa. Tetuan es además un punto de apoyo sólido, un abrigo en que nuestras tropas pueden estar á cubierto de toda hostilidad mientras necesitan re-

ponerse, una excelente base de operaciones, y sobre todo una prenda que tenemos en nuestro poder para obligar al Gobierno de Marruecos á doblarse á las condiciones que el nuestro considere conveniente imponerle. Grandes concesiones ha de hacer á España el Emperador de Marruecos para obligarla á renunciar á su establecimiento definitivo en la plaza conquistada.

Pero otro resultado esperamos de la ocupacion de Tetuan que ha de darle un inestimable precio. La civilizacion, puesta allí en contacto con la barbarie, formará un contraste que ha de ser para ella muy ventajoso. No tardarán los márroquies en apercibirse de la diferencia que hay entre una sociedad cristiana y una sociedad sometida á un fatalismo estúpido, entre una sociedad compuesta de individuos que no se ven obligados á abdicar su dignidad y una sociedad azotada por el látigo del mas brutal despotismo. Si los espedicionarios dan tantas pruebas de generosidad y tolerancia como las que tienen dadas de valor, se atraerán poco á poco las simpatías del pais invadido, y empezarán la obra de transformacion social que no se puede pedir á la violencia. La guerra no es nunca la civilizacion, pero puede ser un medio de que la Providencia se vale en sus inescrutables designios para abrir á la civilizacion camino.

Es necesario algunas veces allanar con las armas los obstáculos que vuelven á la civilizacion inaccesibles las regiones á que se pretende propagarla, como es necesario algunas veces romper la tierra con la reja para que germinen y fructifiquen las semillas que se la confían. Mas el uso de la fuerza, que ha sido indispensable para penetrar en ignoradas comarcas, debe proibirse cuando se trata de esparcir por ellas los gérmenes de una nueva vida, y eso lo comprenderán perfectamente nuestros combatientes de Africa, tan terribles durante la batalla como misericordiosos despues con los vencidos.

No somos tan optimistas que nos hagamos la ilusion de que nuestra permanencia en Tetuan ha de producir numerosas y súbitas conversiones. Decimos sí que para producir alguna, la tolerancia es un medio mas decisivo que el *cree ó muere* de los partidarios del Santo Oficio, con cuya fórmula nos adquiriríamos en la Europa culta el concepto de menos civilizados que los mismos á quienes con ella pretendiéramos civilizar. No se olvide que la mala idea que de nosotros se formaron y conservan aun los extranjeros se debe á la intolerancia con que tanta sangre se derramó entre nosotros en épocas que pertenecen ya á la historia, y

que no volverán, por mas que las llamen unos cuantos fariseos que necesitan que los demás sean fanáticos para poder ellos representar mejor su farsa. Donde no hay preocupados son inútiles los hipócritas.

Toda obra de regeneracion es siempre lenta y penosa, y no se derriban tan facilmente las creencias como las instituciones. No se destruyen aquellas en un dia, por absurdas que sean, cuando han echado hondas raices á fuerza de años. Si no se pueden destruir de golpe, vale mas respetarlas, confiando al tiempo la destruccion de la obra del tiempo. Que vean los salvajes marroquies que nuestro estado es preferible al suyo, que somos mejores que ellos, y por lo mismo menos infelices. Si no basta el contraste que forma nuestra civilizacion con su barbarie para hacerles desear la luz y salir de las tinieblas en que se hallan envueltos, permanecerán eternamente en ellas sumergidos, y es inútil echar mano de medio alguno violento para hacer mover su razon paralizada. Esperamos sin embargo que no resistirán del todo á una comparacion que tan alto habla á favor nuestro, y que si no es ella suficiente para regenerarles, bastará al menos para prepararlos á la transformacion que se verificará en una época mas ó menos remota. Si nuestra permanencia en Tetuan acelera esa transformacion por poco que sea, si los marroquies nos deben el gérmen de una sola idea civilizadora, el universo entero será deudor á nuestra patria de un beneficio que la honrará aun mas que todas las glorias que para ella ha conquistado nuestro ejército en los campos de batalla.

Las mejoras mas importantes que se han introducido en Tetuan desde su ocupacion por nuestras tropas, son el telégrafo que en breve va á funcionar desde la playa á la ciudad, y el ferro-carril que no tardará mucho tampoco en hallarse en estado de explotacion. Este camino de hierro que se construye por cuenta del Gobierno, ha de dar grandes resultados así para la importancia comercial como para la importancia militar de la plaza. Declarada puerto franco la ciudad, luego que la paz se establezca y consolide, acudirá á ella el comercio de todo el interior, y será el punto de depósito así de las mercancías de Europa como de las que traen las caravanas del corazon del Africa. Actualmente los víveres y efectos que hoy pueden tener inmediato consumo se presentan en aquel mercado con abundancia, y cuando las relaciones entre los españoles y marroquies sean pacíficas, cuando la confianza se restablezca por completo entre unos y otros, Tetuan

como Ceuta serán dos plazas de gran interés marítimo y mercantil.

No sería difícil, además de hacer navegable la ría de Tetuan limpiándola convenientemente, dar mejores condiciones á su puerto. En lo antiguo era un puerto muy capaz que admitia buques de gran porte. Felipe II para poner coto á la piratería que ejercian los berberiscos lo mandó cegar sumergiendo en su entrada dos buques cargados de piedra. Examinada la situacion del obstáculo, creemos que la ciencia hallaría medios de rehabilitar el puerto, hoy que ya no puede ser nido de piratas y está llamado por el contrario á un gran porvenir.

Bajo el punto de vista militar, Tetuan puede servir de mucho para sujetar á las tribus del Riff, si aun despues de las lecciones recibidas osáran todavía en adelante faltar á los compromisos que en las negociaciones de paz, si esta llega acordarse, deberán contraer.

Así pues, el comercio español debe prepararse para abastecer los nuevos mercados que se van á abrir en Africa. Uno de los resultados beneficiosos de esta guerra es sin duda despertar en el pueblo de Marruecos nuevas ideas y nuevas necesidades, hacer mas frecuentes las relaciones entre españoles y musulmanes, y facilitar el cambio de los respectivos productos. El comercio debe apresurarse á sacar provecho de este estado de cosas, á satisfacer las necesidades nuevamente creadas, á procurar una salida ventajosa para sus géneros y un cambio que de á conocer y apreciar en España las producciones del suelo marroquí.

El territorio de Marruecos; aunque descuidado por la negligencia de sus habitantes, es uno de los mas feraces y hermosos del globo. Atravesado en toda su estension por el Atlas, que forma, digámoslo así, su espina dorsal, se halla regado en todas direcciones por innumerables corrientes de agua, que partiendo de las laderas del gran gigante, se precipitan ya en uno ya en otro mar, fertilizando en su caprichosa curso, todos los parajes por donde pasan. Esta disposicion particular del terreno permite que se crien en él las plantas de todos los climas: los bosques de olivos, sobre todo en la fértil provincia de Suz, son innumerables, conociéndose una variedad particular en el país que dá un aceite esquisito; el ganado lanar es allí una fuente abundantísima de riqueza, y criado con esmero puede surtir de primera materia de calidad superior á multitud de fábricas; crece en los valles el añil y en las laderas el limonero, el naranjo, la palmera de que se dan cua-

tro especies distintas; abundan igualmente en los montes magníficas maderas de construcción, principalmente una especie particular de cedro de superiores cualidades de duración y hermosura, la riqueza mineral es también inmensa y aun no ha sido explotada: la naturaleza en fin ha prodigado á ese país todos los dones; y el primer pueblo que logre llevarle los beneficios de la civilización que le faltan, además de hacer un gran servicio á la humanidad, obtendrá por recompensa copiosos y vírgenes manantiales de riqueza.

Desearíamos que ese pueblo fuera el nuestro, y por lo mismo hacemos estas indicaciones por si hallando eco entre los comerciantes y especuladores, pueden dar al movimiento mercantil entre uno y otro territorio el impulso y la actividad que le faltan.

El día siguiente de haber tomado nuestro ejército posesión de la plaza de Tetuan, el general Rios, por orden del general en jefe nombró un Ayuntamiento, compuesto de los moros y hebreos que no habían abandonado la población, siendo sus individuos: Ach-er-Aber, alcalde: Mesod-ben-Sacar y Yudah-Abecasis, encargado de nombrar las calles y edificios públicos más importantes; Yudah-Abendosham, para el aseo de la población; Menahem-Alufy Yabya-Andoy, para recoger los cadáveres de los judíos y darles sepultura; Mosé-Abeis, Mosé Benimes, é Isaac Abecasis, para el alumbrado de las calles y plazas de más tránsito, y Hemarty-el-Berduy, para enterrar los cadáveres moros. Estos funcionarios entraron inmediatamente en el ejercicio de sus funciones municipales bajo la dirección del gobernador de la plaza, para cuyo cargo fué nombrado un coronel de infantería.

Nuestro corresponsal tuvo ocasión, en la noche del 8 de febrero, de conocer en el alojamiento del general Rios al alcalde Ach-er-Aber, moro que tendrá como unos cincuenta años, de barba entrecana, de mirada penetrante, astuto y receloso como todos los de su raza; habla el español aunque con alguna dificultad, y es en extremo aficionado á los europeos con quienes hacia su comercio.

Entre el general y el alcalde medió el siguiente diálogo:

—Los españoles, dijo el general Rios, vienen á civilizar, no á destruir; respetarán por lo tanto todas las costumbres y ritos; pero castigarán severamente á los que les hagan traición.

—No lo temais por mí, señor general, contestó el Ach-er-Aber. Yo estar como en un *boque* en naufragio: tener mi cabeza comprometida por vosotros, y quererla salvar primero que nada. Ser fiel y obediente.

Celebró mucho las disposiciones adoptadas por el general para el respeto á las mezquitas, y dijo que el próximo viernes celebrarían los moros una fiesta religiosa en acción de gracias por no haber hecho daño los españoles al entrar en la ciudad rendida.

El señor alcalde es hombre de muy buen sentido; se lamentó de la falta de garantías con que vivían bajo el mando del Emperador de Marruecos, y cuando le dijo el general que los españoles harían un ferrocarril hasta la Aduana, y navegable el río, no pudo ocultar su profunda satisfacción.

Dos moros habían sido presos aquella misma tarde por haber querido robar á unos hebreos.

— Señor general, preguntó entonces Ach-er-Aber al oír la noticia y algo sobresaltado; ¿estos moros han cometido el delito antes de entrar vosotros ó después?

—Después: le contestó el general.

—Entonces, castigar repuso el alcalde; pero perdón y olvido como habeis ofrecido por los que faltan primero.

—Así será, respondió el general: porque los españoles cumplen cuanto ofrecen.

Habló Ach-er-Aber del efecto que produciría en todo el imperio la toma de Tetuan, declarando que en su concepto sería funesto para el Emperador, y calculó en 30,000 hombres los que habían vencido en la batalla gloriosísima del día 4. Manifestó que al cabo de algunos días, los moros amedrentados que habían abandonado la población, volverían á la ciudad, viendo que los españoles respetaban sus creencias y sus costumbres, y habiendo manifestado el general Rios el deseo de conocer la letra de Muley-Abbas, el alcalde le propuso un ingenioso medio para satisfacer su curiosidad.

—Aquí vendrá cuando el espanto pase dijo en su caprichoso estilo un moro que fué por carta de Muley-Abbas, nombrado juez de la ciudad: si pides que te la enseñe, no lo hará: pero si le dices que para reponerle en su empleo deseas conocer si efectivamente ha sido nombrado, él te mostrará la credencial y verás la letra del hermano del Emperador.

Con el alcalde, había venido alumbrándole con un farol, un hermoso niño, hijo suyo; inquieto y vivo como una ardilla, que no comprendía el español; pero que escuchaba atentamente cuanto su padre decía como si quisiera con los ojos comprender su sentido.

La ciudad de Tetuan cuenta siete puertas: Bab-el-Hocla

Bab-Etud. Bab-Encalar. Bab-Eremus. Bab-Ennuadez. Sidi-Esludi. Bab-Echiyaf, á las cuales se les está poniendo ya nombre español.

La mejor plaza de la ciudad, el Tedam, se llama ya *Plaza de España*, cuyo glorioso rótulo, pintado con grandes letras negras, figura en uno de los frentes del anchuroso Zoco. Hay el pensamiento oportunísimo de bautizar todas las calles con el nombre de los cuerpos que han tomado parte en esta heroica empresa y con el de nuestros triunfos en todo lo que llevamos de campaña.

Si la plaza se hubiese defendido, hubiera costado mucha sangre á nuestras tropas. Los moros hubieran podido sostenerse con ventaja, no solo en la muralla donde tenian colocados 78 cañones, sino en el laberinto interminable de callejones, callejas, plazas, pasadizos y casas que forman la ciudad.

En la casa de un conocido comerciante saqueada por las hordas beduinas, se halló el siguiente manuscrito :

«Alá siempre grande te prospere, y bendiga á tus hijos y á tu hermano, buen Beni-Omey. Ayer á las dos recibí tus encargos, las dos piezas de muselina han llegado averiadas; es un contratiempo: sin embargo, procuraré hacerlas agradables á mi querida Zelima, la huri de todo mis encantos. Si te fuere posible hacer que se despachen pronto las cachemiras y las plumas, y me se remitan bien empaquetadas, te viviria por ello profundamente agradecido. Alá te prospere y te colme del mismo placer que me embriaga al ver tan próxima mi dicha: á ti la debo en gran parte, tú lo sabes; despues de ti á nuestro muftí; nuestro Profeta lo prospere y sublime. Mi padre, siempre digno de mi piedad filial, te saluda y ruega por tí al dispensador de todo honor y gloria él te asista en la presencia de nuestro sublime Sultan á cuyo puesto de consejero te ha ensalzado su gracia.—...Año de la Egira 1215.»

Una de las principales mezquitas mahometanas, la que se halla en la fachada principal de la plaza de España en Tetuan, es la que ha sido consagrada para templo católico, bajo la advocación de la Virgen de las Victorias. Se estaba el once aseando aquella árabe estancia, á cuya entrada hay un centinela y adornándose con macetas de flores. Dicha mezquita, cuya portada es bella, tenia como todas, cubierto su pavimento de una estera de junco bien elaborada. Su interior lo compone un rompimiento arqueado, y en el centro del templo estaba el santuario. Estaba adornado de pequeños azulejos que forman mosaico. Como en todas, corria una fuente para las abluciones de los creyentes que van á orar.

Hay en Tetuan un edificio habitado por los hijos del claustro de Mahoma. Hé aqui lo que acerca de esto escribe un ilustrado capellan de nuestro ejército:

«Unos claustros sucios y asquerosos, no muy capaces, contenian algunos cuartos oscuros y de desolado ajuar, y otros tantos frailes, como se titulan, eran los moradores no menos súcios de tan hediondos cuartos. Me encontré uno de estos de luengua barba á la puerta de la mezquita, un súcio y raído jaique, que seria blanco en su mocedad, era el hábito del solitario, que sujeto por la cintura con una cuerda, dejaba descubierto parte de sus piernas y piés desnudos; en una mano, un pomito de la punta de asta de un cuerno de toro, que contenia aceite, servia para mojar sus dedos de la mano derecha, de la que pendia un rosario que hacia correr con velocidad sus granos al compás de la precipitacion de sus palabras: le interrogué, me contestó, y nos entendimos como pudimos: me rogó no pasase adelante y no atropellase su mezquita: reverencié el aire de compostura en que me lo suplicó, y le dije que me honraba y me daba el parabien de su aviso; y se estaban celebrando sus viejos y fanáticos ritos, y me hizo el obsequio de que no fuera su testigo.»

El *gran sabio* ó rabí de los hebreos de dicha ciudad, es un anciano sumamente grave, de color sonrosado, de cana y larga barba, es un tipo de la edad de los patriarcas. El eclesiástico valenciano señor Miñana, que le visitó, dice: Le encontré conferenciando con otros tres sábios; les saludé, y á mi entrada se levantaron, contestándome con sus ademanes corteses y en idioma español (pues le hablan generalmente los judíos) y me dijeron y suplicaron si hablaria á los jefes con objeto de que se restituyesen ciertos objetos robados por los moros que existen en la ciudad: les dije que el general en jefe les oiria y tomaria una determinacion, lo que se ha efectuado ya á estas horas. El mismo señor añade en otra carta:

«He conferenciado de nuevo con el *sabio grande* de los judios, y al parecer no es hombre de aventajada instruccion, si bien está bastante enterado del Antiguo Testamento. Hablamos sobre religion largamente, y cuando se ve apremiado por los poderosos é irrefutables argumentos que nos suministra la sólida doctrina del Crucificado, se encierra en último término en un fatalismo pobre y despreciable.

Su última solución siempre es la misma, á saber: «que si Dios hubiera querido que fuese cristiano, hubiese nacido en nuestro pais; es así que ha nacido aquí, luego ha querido que no lo fuese.» ¡Que modo de discurrir! Le propuse poderosos argumentos sobre el cumplimiento de profecias, y en particular con relacion á la que no deja ni la mas ligera sombra de duda, de haberse realizado la venida del Mesías en Jesucristo, y rehusó siempre la discusion encerrado en la propia solución.»